

# ¿REINVENTAR, REIVINDICAR O ASUMIR EL SUR?

©[Artemio Baigorri](#)

---

Ponencia invitada en la mesa redonda '*Reinventer le Sud*'. XV Congrès International de la Association Internationale des Sociologues de Langue Française (AISLF), Évora (Portugal), Julio 1996

---

## I. SOBRE NORTE Y SUR EN EL COSMOS, O EL SUR COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL

Se nos pide '(re) pensar el Sur'. Y he intentado pensarlo primero introspectivamente. Yo, que nací y me formé en *el Norte del Sur* de Europa, he preguntado a mi hija de diez años<sup>(1)</sup>, le he pedido que me explicase eso del Norte y el Sur. Y me ha dicho que es muy simple: el Norte, arriba, y el Sur, abajo.

Volvamos a los orígenes, a partir de esa cosmovisión basada en la dicotomía arriba/abajo. Yo procedo de un pueblo situado en la Ribera del Ebro -en una región, Aragón, que forma parte del Norte de España-, y nunca oí hablar de Norte/Sur hasta llegar a la escuela: uno *subía* o *bajaba* a tal pueblo o ciudad, en función de que estuviese -lo supe más tarde- situado por encima por debajo de la altitud sobre el nivel del mar de mi propio pueblo; y la línea la marcaba, obviamente, el curso del propio río Ebro, que hace un recorrido NorOeste-SurEste. Un determinado campo estaba situado *por encima* o *por debajo* del Canal Imperial de Aragón, o *por encima* o *por debajo* de tal o cual cerro; no sabíamos los puntos cardinales, pero debíamos conocer, como referencias geográficas para aplicar luego el *encima de* o el *debajo de*, al menos medio centenar de hitos en el territorio. Por lo demás, el viento invernal de componente Norte se creía que venía *de Moncayo* (una gran macizo montañoso situado al Oeste/Suroeste), y el bochorno abrasador del verano, que viene del Este. Ciertamente que el Norte y el Sur no tuvieron significación alguna, para mí, prácticamente hasta que fui adulto, y lo que aprendí entonces, cuando obligado por el conocimiento geográfico tuve que identificar los puntos cardinales, es que el Norte y el Sur no tienen nada que ver con la Geografía. Como, ciertamente, el Sur que aquí nos ocupa no tiene en el fondo nada que ver con la Geografía, y sí mucho con los constructos culturales de las distintas sociedades.

La Geografía, como ciencia meramente descriptiva, pretende lo contrario; nada parece menos sujeto a la duda que una ciudad, una montaña, una piedra situada en unas coordenadas, en una latitud y una longitud determinadas. Y sin embargo, el relativismo es total en este ámbito, porque en realidad no hay Norte y Sur, del mismo modo que tampoco hay izquierda y derecha, en el Cosmos.

El Norte español es el Sur francés: los catalanes constituyen el Norte en la península ibérica, pero son el Sur en Francia. El mismo pueblo catalán, considerado en España como circunscripto, aplicado a los negocios, trabajador y hacendoso, es el bullanguero occitano del Sur de Francia, el amante de las corridas de toros, de la fiesta, el sol y el vino. Y estas mismas paradojas podemos encontrarlas a todas las escalas y niveles en numerosos países, en todos los continentes.

Porque el Sur es un mito construido. Es decir, **el Sur social es relativo**, tan relativo como puede ser hablar de Norte y Sur en el cosmos; es, en suma, una construcción social.

## 2. SOBRE QUÉ ES EL SUR

Yo abandoné el Norte voluntariamente, huyendo de la decadencia ética y la corrupción que a todos los niveles se desencadenó con el boom económico de los '80, y me vine a un reducto de pobreza del Sur de Europa -naturalmente, de pobreza relativa, pues para sí quisieran muchos millones de habitantes del planeta el nivel de desarrollo de Extremadura, o del Alentejo. Y durante años he puesto incluso en mi currículum que abandoné el Norte conscientemente... aunque con el tiempo he descubierto -afortunadamente sin haber tenido que pagar por ello a un psicoanalista- que esa referencia no buscaba sino justificarme ante los demás; porque uno emigra hacia el Norte, a la búsqueda de más amplios horizontes profesionales, económicos, científicos, intelectuales... Pero hacia el Sur tan sólo marchan los fracasados, los aventureros, los revolucionarios o los misioneros. O bien, en los países más desarrollados, los funcionarios que necesitan hacer carrera rápida, obtener una jefatura de servicio, una cátedra universitaria... Por ello, cuando no es ese el caso, y aunque nunca llega a hacerse explícita esa exigencia, uno se ve obligado continuamente a explicar, justificar, cómo puedes abandonar los círculos intelectuales del Norte para venirte a vivir no sólo al Sur, sino al territorio más pobre del Sur.

Y, sin embargo, yo nunca he reivindicado el Sur. He huído del Norte, pero no buscando explícitamente el Sur, sino simplemente buscando **la periferia**.

De hecho, el Sur no sólo es una construcción social, sino que incluso es una construcción social relativamente moderna. Durante muchos siglos, el Sur no existió. Existían el mundo, la civilización, y el *non plus ultra*, la tierra ignota poblada de monstruos y seres infrahumanos. El mundo era el Sur, la civilización era el Sur, la Humanidad era el Sur, sencillamente la latinidad que se impuso sobre el fondo de barbarie inicial del continente europeo.

Sólo recientemente, con el desarrollo del mercado, y de la racionalidad burocrática, el Sur ha quedado desplazado de las coordenadas del progreso. Y justo cuando el Norte y el Sur comenzaban apenas a construirse, Giordano Bruno mostró, en *Sobre el infinito universo y los mundos*, la infinita magnitud del cosmos, de la cual infería precisamente la imposibilidad de fijarle un centro y, por consiguiente, de hallar en él un orden simétrico. Por supuesto, Giordano Bruno fue quemado en 1600 por la Inquisición, y no precisamente por la española, sino por la veneciana.

El problema del Sur es el mismo que Morin planteaba para la Europa del fin de milenio, aunque no lo plantease con estos términos. Edgar Morin ha utilizado ese relativismo socio-geográfico en que me he basado para hablar de Europa, al señalar cómo *"Europa no es más que un fragmento de Occidente, mientras que hace cuatro siglos Occidente no era más que un fragmento de Europa. Ya no está en el centro del mundo, ha sido arrojada a la periferia de la Historia"*<sup>(2)</sup>. Y aquí Morin, siempre tan a la zaga del pensamiento americano, nos habla de la deriva continental, de la materialización de aquella profecía lanzada por un Secretario de Estado norteamericano a finales del XIX: *"El Mediterráneo es el océano del pasado, el Atlántico el del presente, y el Pacífico el del futuro"*<sup>(3)</sup>. ¿Qué importaría, entonces, el Norte o el Sur, en esta lejana *provincia metanacional*, como Morin se refiere a Europa, de un planeta pivotante sobre el borde asiático del océano Pacífico?

Porque, desde luego, estamos hablando del Sur de Europa, que estará en la periferia de la Historia pero es todavía la segunda potencia del planeta, y contiene dentro de sí a seis o siete de los diez estados-nación más ricos de la Tierra. Un Sur que, he intentado dejarlo claro, sólo remotamente puede hallar ya acomodo en el paquete de estados-nación en vías de desarrollo que caben en un modelo de dialéctica Norte/Sur, porque participa ciertamente de la rapiña sobre estos países, y se beneficia materialmente, a través de diversos subsidios, de las plusvalías que el Norte rico obtiene del Sur pobre.

El drama de Europa es que, crecientemente desplazada del centro virtual del mundo, tiene a la vez, sin embargo, el potencial civilizatorio que la hace capaz de *pensarse marginada*, de percibir su inutilidad como artefacto para el progreso material de la Humanidad. Esa capacidad cultural le permite la introspección, y ese núcleo civilizatorio le hace buscar en sí misma las causas de esa marginación. La civilización lleva, desde Edipo, la carga eterna de buscar la culpa, y además buscarla en sí misma. En lugar de adaptarse al curso de la Historia, esa "*historia llena de ruido y furor y sin significado alguno*" de la que hablaba Weber<sup>(4)</sup>, todo núcleo civilizatorio tiende a buscar en su propia decadencia física y moral las causas de su inadaptación al cambio; lo cual genera un círculo vicioso, con una fuerza centrífuga que expulsa fuera de sí, poco a poco, a todos los elementos capaces de entender la dinámica del cambio, capaces en suma de asumir que los bárbaros han dejado de ser bárbaros. Y ese ha sido el drama del Sur, donde Edipo fue rey.

Este tipo de problemática fue agudamente analizado hace un siglo por el máximo exponente del que se denominó el *regeneracionismo* español, Joaquín Costa, que entre otras cosas fue un gran sociólogo. Al analizar la decadencia española, de la que la nación fue plenamente consciente tras la pérdida de Cuba en 1898, Costa propone que la sociedad española ha quedado anclada, en muchos sentidos, en el siglo XV, muerta de éxito. Rechaza, ciertamente, ridiculizándolos, los primeros intentos de explicación racista de las diferencias, particularmente la entonces novedosa teoría del francés Lapouge sobre el *homo europeus* (el tipo superior), el *alpinus* y el *mediterraneus* (el inferior de los tres), que tanto se extenderían en lo sucesivo. Y, como hacía Morin respecto de Europa, Costa proclama las virtudes de "*un ideal de piedad, de humanidad, de justicia, de viva y efectiva solidaridad*"<sup>(5)</sup>, pero que ya no tiene encarnación física. Proponía, nada menos que hace casi cien años, abandonar la introspección y "*aprender de los japoneses*", que habían iniciado en 1868 una carrera por la modernización.

### **3. SOBRE QUÉ SUR RECONOCER, REIVINDICAR, REDESCUBRIR, REINVENTAR...**

Yo me pierdo, sin embargo, siempre que se plantea la cuestión, meramente retórica, de qué pueda aportar el Sur. Aunque también podemos jugar a eso.

Yo he apuntado sucintamente cómo lo esencial de Simmel estaba, unas décadas atrás, en Ganivet<sup>(6)</sup>, un apasionado granadino que se tiró a las frías aguas del Elba por dos razones de peso: aburrido de trabajar en una embajada del Norte de Europa, y desilusionado por la traición de una mujer.

Töennis está en Joaquín Costa, quien además entendió y explicó antes que Weber muchas cosas, y enunció medio siglo antes que McClelland el principio de la motivación para el éxito y la correlación entre el progreso económico y una cultura orientada hacia el éxito, en suma una sociedad ambiciosa.

Siegfried, el padre de la psicología de los pueblos, proponía: "*No es la Europa latina la que ha hecho la revolución industrial; pero esto hace que se tienda a no estimar en su justo valor el papel esencial que sigue siéndole propio. En la consideración de los problemas, en la concepción misma de la vida, el punto de vista latino constituye una faceta indispensable de nuestra civilización. Por él se realiza quizá la cultura más evolucionada, la más desinteresada, en la forma -más literaria que científica- de la calidad y del refinamiento del espíritu (...). Los latinos disponen de un maravilloso sistema de disociación que separa conscientemente la acción del pensamiento, permitiendo a éste ponerse ante la realidad misma sin la mediación de ninguna atmósfera ambiente: es la garantía suprema de toda la libertad intelectual*"<sup>(7)</sup>.

El Sur tiene una capacidad de autocrítica que no tiene el Norte. Durante décadas, en realidad siglos, hemos andado a cuestas con lo que el acomplejado Alain Peyrefitte denominó *el mal latino*.

La psicología de los pueblos existe, en los términos de Siegfried, en la que se valoran capacidades y diversidades. Pero no en los términos que ahora plantean los nuevos interaccionistas, como Inglehart, en los que las diferencias son únicamente grados respecto a una concepción de la civilización. ¿Qué concepción? La de la civilización que surge en el sur, como civitas, ciudad de los ciudadanos, ciudad de los iguales; o la que el Norte recupera como burgo, ciudad de los comerciantes.

Reivindicar la civilización, el núcleo civilizatorio y racional, no excluye al Sur. Del mismo modo que defender el Sur, que es una opción, una postura irracional, una actitud y no una determinación del conocimiento, no puede suponer excluir una civilidad de la que el Sur fue creador. En ese sentido yo vengo recuperando un concepto que llevaba décadas muy mal visto, aunque obviamente en un sentido distinto, y propongo para la región de Extremadura la intensificación del proceso de urbanización cultural. Pero cuando hablamos de urbanizar lo rural, hablamos de llevar la civitas, la ciudadanía, la igualdad y el acceso a esas titularidades de que habla Dahrendorf, al espacio social del dominio del más fuerte.

Reivindicar el Sur no es, no puede ser, por tanto, reivindicar una bandera, un rito, un folcklore. De ello me apeo. Es, por el contrario, reivindicar una parte insoslayable de la civilidad escindida, en la que sólo ha quedado el burgo, el mercado, para recuperar también la civitas, y al ciudadano. Lo cual implica el rechazo radical de cuanto el Norte *reconoce* como Sur: el irracionalismo, el *dolce far niente*, el subsidiacionismo. No; el Sur que reivindicamos es el Sur que construyó el Estado, el derecho de gentes, la tolerancia con los diferentes. El Estado de derecho está presente, en un espacio por lo demás tan productivo como la agricultura de regadío, desde hace mil años en el Tribunal de las Aguas de Valencia que sigue reuniéndose a la sombra de la catedral.

Acaba de editarse en España un libro de Paolo Perulli, sobre la metrópoli de los años '90, que recoge esa dicotomía fundamental que yo extiendo a la división Norte/Sur. Perulli hace el distinción entre la polis, como organización garantizada físicamente por las murallas en torno a la ciudad, y por unas leyes inamovibles que, lógicamente, protegen desde el principio de igualdad, y la ciudad burguesa definida por Weber sobre la base del mercado. Pero cuando Weber recuerda aquella canción medieval que hablaba de que el aire de la ciudad nos hace libres, no repara en que las ciudades tienen, en Europa, una continuidad con el imperio romano. En realidad, pocas son las ciudades fundadas por la burguesía: esta se desarrolló y amparó en los restos de la ciudad latina, de la polis.

Lógicamente no se puede modificar la Historia, que lleva su propio rumbo, determinado por un *estado de las cosas* que los sociólogos apenas atisbamos en algunas de sus formas, estructuras y dinámicas. Pero todas las sociedades deben optar por pegarse a su costado, o hacerse a un lado. Si se hacen a un lado, y se limitan a mirar, con ojos críticos, el torbellino de la Historia -que nunca puede detenerse, que no tiene fin- las barrerá.

Badajoz, 25 de julio de 1996

## NOTAS

1. Mi hija, con diez años, aprende en la escuela geografía de la región en que vive, Extremadura, antes de conocer geografía del mundo; es decir, sabe de su región sin saber del mundo en el que se encuentra. Son las consecuencias más nefastas de los particularismos que han inundado el sistema de enseñanza en España, con el desarrollo del Estado de las autonomías. Del tradicional olvido y marginación de lo local, se ha pasado una exagerada exaltación del localismo.

2. Edgar Morin, *Pensar Europa*, Gedisa, Barcelona, 1988, pag. 169

3. Citado en John Naisbitt, Patricia Aburdene, *Megatrends 2000*, Plaza & Janés, Barcelona, 1990, pag. 217

4. Max Weber, *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1975, pag. 73
  5. Joaquín Costa, *Los siete criterios de gobierno*, Biblioteca Costa, Madrid, 1914, pag. 87
  6. Artemio Baigorri, 'Del urbanismo multidisciplinario a la urbanística transdisciplinaria. Una perspectiva sociológica', CIUDAD Y TERRITORIO/ESTUDIOS TERRITORIALES, 104, 1995, pp.315-328
  7. André Siegfried, *El alma de los pueblos*, Editorial Norte-Sur, Madrid, 1965, pag. 45
-